



Secretariat Interdiocesà
de Pastoral Obrera de
Catalunya

Acció Catòlica Obrera
(ACO), Germanor
Obrera d'Acció Catòlica
(GOAC), JOC Nacional
de Catalunya i les Illes,
Moviment Infantil i
Juvenil d'Acció Catòlica
(MIJAC) i Coordinadora
de Capellans Obrers.

8 de marzo: Cuando la vergüenza debe cambiar de bando

Puede resultar raro que en un manifiesto se hagan tantas referencias explícitas a tocamientos no deseados. Parece que el lenguaje socio-político (y eclesial) debería ser más políticamente correcto, analítico y distante. Pero este año, a la hora de tratar esta cuestión, hemos querido partir del testimonio real de una mujer trabajadora en un barrio obrero de Barcelona. Porque:

- ❖ **Los tocamientos no deseados, el ver a las compañeras como simples objetos sexuales, la falta de respeto, persisten.** En grados diversos, desde los absurdos chistes machistas sobre sexo o sobre lo cotidiano, hasta la pederastia y las violaciones compartidas.
- ❖ **Los abusos de poder en el trabajo prosiguen, a menudo ante la indiferencia o la burla de terceros,** que no se atreven o no quieren apoyar a las abusadas, sin darse cuenta de que la humillación a una sola compañera es humillación a todas, refuerza los estereotipos y causa un daño colectivo.
- ❖ Como hemos visto recientemente, **denunciar y abordar juicios** es un proceso largo, caro y muy doloroso, agravado por un sistema judicial perverso.
- ❖ **La situación de riesgo es alta en contextos vulnerables:** las mujeres que están en situación irregular y no tienen permiso de residencia, las que deben compartir vivienda con extraños, las que trabajan a domicilio a menudo en condiciones muy precarias y están solas...
- ❖ **Ahora como antes, muchas mujeres son engañadas y obligadas a ejercer la prostitución contra su voluntad.**
- ❖ Si bien es cierto que existen muchos más recursos donde acudir, también lo es que **a veces el apoyo no pasa de ser un maquillaje institucional:** algunas asociaciones han visto reducidas, y mucho, las subvenciones que recibían por este concepto.

Hemos aprendido de Gisèle Pelicot que la vergüenza puede y debe cambiar de bando. Este es nuestro compromiso: en casa, en la Iglesia, en el trabajo, en el barrio. Para cambiar actitudes, para denunciar abusos, para acabar con la vulnerabilidad de tantas mujeres.

En este texto, sólo Jesús es capaz de percibir a una mujer que sufre. La mujer permanece invisible para su entorno, y no se deja vencer por la indiferencia. Actúa con esperanza.

Entonces una mujer que desde hacía doce años sufría flujos de sangre y que había gastado en médicos todos sus recursos sin que ninguno pudiera curarla, acercándose por detrás, tocó el borde de su manto y, al instante, cesó el flujo de sangre. Y dijo Jesús: «¿Quién es el que me ha tocado?». Como todos lo negaban, dijo Pedro: «Maestro, la gente te está apretujando y estrujando». Pero Jesús dijo: «Alguien me ha tocado, pues he sentido que una fuerza ha salido de mí». Viendo la mujer que no había podido pasar inadvertida, se acercó temblorosa y, postrándose a sus pies, contó ante todo el pueblo la causa por la que le había tocado y cómo había sido curada al instante. (Lucas 8,43-47)

¿A ti no te han tocado alguna vez sin tu consentimiento? Un testimonio

La primera experiencia fue la del cine. Desde muy niña, iba a menudo al cine con mi madre, dispuestas a tragarnos una peli tras otra en sesión continua. Pronto aprendí que era sensato ponerme en el pasillo y usar a mi madre como escudo. Porque era habitual encontrarte con una mano ajena en el muslo.

El segundo bloque de experiencias fue el camino del instituto. Vivíamos rodeados de fábricas. Cuando los trabajadores desayunaban, se sentaban al sol, en la puerta, y hacían enrojecer a toda hembra que se cruzara por delante. Si tenías curvas pasabas mucha vergüenza. Un paso más en este camino escolar era la presencia esporádica de exhibicionistas. El entorno estaba plagado de descampados que favorecían a los hombres de la gabardina. Te acostumbrabas. Procurabas mirar en otra dirección y mantener distancias.

También el metro en hora punta era ocasión de tocamientos y roces muy molestos y nada casuales. Más adelante, en el trabajo he vivido cosas que se aceptaban con normalidad: que alguno de tus compañeros te diera un cachete en el culo afectuosamente, que se dirigiera a alguna mujer aludiendo a su pecho (por tener demasiado o demasiado poco) o, como le ocurrió a una amiga, que le tirara sistemáticamente de la goma del sujetador (hasta que el compañero en cuestión recibió una sonora y muy celebrada bofetada!). Todavía he visto, no hace mucho, a algún jefe que besaba a las mujeres del despacho cada día sí o sí, o que se empeñaba en hacerles masajes en cuanto se quedaban solas con él para trabajar.

Tal vez los momentos más graves han sido un intento de violación, un domingo al mediodía, del que me libré a fuerza de correr y de tocar todos los timbres de los vecinos, y un asedio cuando iba a pie por carretera, en que un hombre desnudo se masturbaba delante de mí, volvía al coche y aparecía más adelante. Seis quilómetros así, y no se me ocurrió ni tomar nota de la matrícula. Reaccioné estúpidamente!

Algunos de estos hechos son declaradamente de mala fe. Otros, no. Se hacen con-pretendido-afecto, pero resultan claramente ambiguos o desagradables. He aprendido también que librarse de ellos exige determinación y correr el riesgo de ser considerada antipática, exagerada o maníática, porque no siempre el asediador tiene pinta de destripador. A veces, la tiene de persona venerable. Contarlo genera una cierta incomprensión. Cuesta hacer entender que me gusta el contacto físico, los besos y los grandes abrazos, pero no con todo el mundo ni del mismo modo.

Creo que mi experiencia en este campo no tiene nada de excepcional. Son pequeñas o grandes agresiones que muchas mujeres hemos normalizado y que nos sacamos de encima como quien espanta moscas. Me doy cuenta de que raramente las he explicado y que tampoco me hace ninguna ilusión catalogarme como víctima. Pero no soy la única. Queda todavía mucha lucha por delante!